

do llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocin estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio.



*Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcuco.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiracion contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafio.—Guatimocin cae prisionero.—Sumision de los mejicanos.—Guatimocin y su ministro puestos en el tormento.—Reedificacion de Méjico.—Muerte de Guatimocin.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la península de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte.*

HABIA llegado ya el ejército á las cercanías de Tezcuco, cuando se presentaron embajadores, enviados por el cacique de esta ciudad para convidar

á Cortés á que descansase en ella por la noche, ofreciéndole cuanto sus tropas pudiesen necesitar; pero diciendo que los indios auxiliares debian acampar fuera de la poblacion.

Pareció este convite sospechoso á Cortés, que juzgó debia dejar para el dia siguiente su entrada en Tezcuco. Satisfecho pudo quedar de su prevision, porque al entrar al otro dia por la mañana en la ciudad, la encontraron desamparada. Cortés se apoderó al instante de las plazas principales, en las que formó sus tropas en batalla. Al fin se atrevieron á llegar algunos habitantes, por los que se supo que el cacique habia formado el proyecto de aniquilar á todos los españoles en la noche anterior y que habia huido, creyendo ya descubierto su designio.

Conoció Cortés que le seria imposible apoderarse de Méjico sin tener á su disposicion una flotilla de pequeños buques de guerra para dispersar las canoas mejicanas. No habia en todo su ejército mas que dos ó tres carpinteros: era preciso cortar las maderas de construccion en los bosques de Tlaxcala, y todos sus soldados no bastaban para transportar estas maderas hasta Tezcuco; pero el valor de Cortés se aumentaba tanto á vista de las dificultades como de los peligros; necesita una escuadra y la tendrá!

Puso bajo la direccion de sus carpinteros un gran número de tlaxcaltecas para que les sirviesen de obreros, y en tanto que se activaban estos trabajos,

empezó á tomar sus medidas para rendir por hambre la ciudad. Sometió muchas poblaciones inmediatas atrayendo otras á sus intereses, haciendo alianza con ellas. Esta inesperada defeccion affigió á Guatimocin, pero sin desanimarle.

Por este tiempo se vió Cortés espuesto á un gran peligro, y en el momento en que se disponia á destronar á Guatimocin y conquistar sus Estados, una conspiracion iba á estallar para destruir sus proyectos y tal vez hacerle perder la vida.

Los antiguos soldados de Narvaez, que se habian incorporado en su ejército, le seguian á disgusto, quejándose altamente de que habian sido engañados en sus esperanzas de fortuna por el nuevo general, que les habia prometido riquezas inmensas. En vísperas de dar el primer asalto, se asustaban con la perspectiva de los azares de una lucha que debia ser larga y sangrienta. Un simple soldado, por nombre Villafaña, que reunia suma resolucion á una sagacidad poco comun, habia permanecido fiel al partido de Velazquez, y viendo el descontento general de sus compañeros, supo hábilmente aprovecharse de él para formar el proyecto de asesinar á Cortés y á sus principales capitanes, nombrando despues otro general que volviese el ejército á Cuba. Los conjurados deberian sorprender á Cortés en el momento en que estuviese á la mesa con sus oficiales, y cayendo sobre ellos, procurar que el general fuese la primera víctima. Uno de los cómplices sufrió tales remordimientos, que fué á

presentarse á Cortés para darle parte de la conspiración.

Marchó Cortés en seguida al alojamiento de Villafaña, que turbado á vista del general, confesó su crimen sin intentar disculparse. Cortés le mandó arrestar y le encontraron un papel que ocultaba con mucho empeño: era la lista de los conjurados, entre los que se contaban muchos que Cortés creía fieles á su causa; pero la prudencia le imponía silencio y se guardó muy bien de revelar su asombro é indignación al recorrer aquella lista. No se impuso mas castigo que el de horca al jefe de los conjurados.

Al dia siguiente por la mañana reunió sus tropas como para una revista, y al dirigirse á los conjurados cuyos nombres estaban inscritos en la lista, ellos temblaban todos; pero Cortés aparentando que no advertia su turbación, les refirió las maquinaciones é intrigas de Villafaña, y después de haberles participado el castigo del traidor, los tranquilizó completamente, asegurándoles que habían sido inútiles todas las pesquisas para averiguar los cómplices de su delito.

Los culpables persuadidos de que no habían sido descubiertos por Cortés, empezaron á respirar y se prometieron ser en lo sucesivo fieles al general.

Entre tanto, se hallaban ya prontos los materiales para la construcción de trece bergantines; pero faltaba trasladarlos desde el territorio de Tlaxcala á Tezcuco. Esta marcha tan penosa ofrecia un es-

pectáculo enteramente extraordinario. En el centro iban ocho mil tamenes ó indios de carga, llevando las vigas, mástiles, cuerdas, velámen y herraje. Quince mil tlaxcaltecas, entre cuyas filas se habían distribuido algunos soldados españoles para conservar el orden en la marcha, formaban la vanguardia y la retaguardia, marchando tambien por hileras en los flancos de la columna, tan larga que ocupaba el espacio de mas de una legua. Sandoval se puso á la cabeza de la columna, eligiendo para mandar la retaguardia, á un jóven tlaxcalteca, llamado Chechiminal, porque Xicotencal, el jóven guerrero que tan brillante papel habia representado al principio de la invasión española, ya no existia (1).

El jóven Chechiminal era no menos temerario y orgulloso que Xicotencal: tenia pretensiones muy singulares y quiso disputar el mando de la vanguardia á Sandoval. Al llegar á Tezcuco, Chechiminal pidió que se hiciese alto por unos instantes, para tener tiempo de acicalarse con sus mas bellas plumas

(1) *La muerte de Xicotencal y la causa que hubo para ella, es uno de los puntos oscuros de la historia de América. Parece lo mas seguro que su orgullo y altivo carácter se avenian mal con los españoles y que éstos se dieron prisa á matarle cuando desamparó el ejército, llevándose sublevadas casi todas las fuerzas de Tlaxcala.*

—(Nota del traductor.)

y otros adornos guerreros: "Porque, decía él, cuando un valiente soldado va á combatir, debe ir tan adornado como si fuese á una revista."

Estas bravatas hicieron sonreír de lástima á Cortés, que desde luego conoció que los servicios de semejante auxiliar le serían de poca utilidad. En efecto, los historiadores españoles no hablan siquiera una palabra de las hazañas de este fanfarron, cuya jactancia divertía mucho al ejército.

Mientras que se trabajaba con ardor en la construcción de los bergantines, recibió Cortés una noticia que le colmó de alegría. Supo la llegada á Veracruz de cuatro navíos enviados desde la isla Española y que le traían un refuerzo considerable.

Resolvió entonces atacar á un tiempo á Méjico por tres distintos parajes, para lo que dividió su tropa en tres columnas. Sandoval obtuvo el mando de la primera, Alvarado el de la segunda y Olid se puso á la cabeza de la tercera.

Desde este momento, no pasó día sin una acción mortífera, los bergantines tenían que combatir con las numerosas canoas que cubrían el lago, y las tropas de tierra atacaron á los mejicanos que ocupaban las calzadas. Los españoles es verdad que dispersaron y echaron á pique las canoas; pero el ataque en las calzadas presentaba las mayores dificultades. Se conseguía desalojar á los mejicanos de las trincheras que habían levantado para proteger las brechas y se echaban puentes sobre las cortaduras; pero como los españoles temían el ver re-

novados los desastres de la *Noche triste*, se retiraban al anochecer á tierra firme, y los sitiados se aprovechaban de la noche para reparar sus fortificaciones; de modo que las tropas españolas se consumían en inútiles esfuerzos.

Entonces Cortés, el hombre de atrevidas resoluciones, quiso terminar de una vez esta guerra, que si se dilataba mas, iba á destruir poco á poco su ejército ya debilitado. Por consiguiente, tomó todas las disposiciones para dar al día siguiente un asalto general á la ciudad.

Al salir la aurora, cada jefe se puso á la cabeza de su columna, y si los españoles atacaron con vigor, la defensa fué porfiada, y los mejicanos opusieron una resistencia que agotaba las fuerzas de sus enemigos.

La columna de Cortés fué la que mas avanzó, y destruyendo cuanto encontraba por delante, se apoderó de las trincheras que defendían las calzadas y penetró en la ciudad, persiguiendo al enemigo que huía. Conservando en medio del triunfo toda su presencia de espíritu, se acordó de asegurar la retirada para el caso en que fuese necesaria. En consecuencia mandó á Julian de Alderete, oficial nuevamente llegado de la Española, que se quedase con suficiente número de soldados para ir cegando las cortaduras de la calzada, mientras que los demás destacamentos seguían combatiendo. Alderete, llevado de un falso punto de honor, se creyó que era mengua suya estar lejos del peligro en el momento

en que sus compañeros se cubrían de gloria lidiando, y desobedeciendo á Cortés, abandonó la calzada para ir á unirse con los combatientes.

Guatimocin, advirtiendo esta imprudencia, dió la señal, á la que correspondió el ruido solemne del tambor sagrado del dios de la guerra, que resonaba en lo alto del adoratorio principal. Entonces los mejicanos que huían, volvieron caras, precipitándose furiosos sobre los españoles, que ya fatigados no pudieron resistir tan impetuoso ataque. En vano Cortés emplea, ya las amenazas, ya las súplicas para rehacer sus tropas; se vió apresado de repente por tres capitanes mejicanos, que se le llevaban dando gritos de alegría. Dos de sus oficiales (1) vuelan al socorro de su general, atacan á los mejicanos que le sujetan, les dan muerte y caen á su vez traspasados de mil heridas; pero su resolución intrépida, su heroico sacrificio han salvado á Cortés, que ya libre consigue llegar á la tierra firme.

Este sangriento combate costó á Cortés mas de

[1] Según nuestro historiador Solís, quien salvó la vida á Cortés fué tan solo el capitán Francisco de Guzmán. Viendo á su general herido, solo en medio de los enemigos y con el caballo muerto á flechazos, se apeó del suyo para ofrecérsele, con lo que Cortés salvó la vida, y Guzmán, á pesar de inauditos esfuerzos, fué víctima de su arrojo y lealtad.—(Nota del traductor.)

sesenta españoles, incluso los prisioneros: mil tlaxcaltecas perdieron tambien la vida.

Fué tambien consecuencia suya la súbita y general desercion de todos los indios; pero Cortés la detuvo por medio de un espediente, que no solo le restituyó sus antiguos aliados, sino que le proporcionó otros cuyo concurso le fué muy útil, y su cooperacion decisiva contra Méjico. Mandó suspender las hostilidades durante ocho dias, y fortificándose bien en sus acantonamientos, defendidos además por los bergantines, esperó la época fijada por los oráculos mejicanos para el aniquilamiento total del ejército español (1). Los ocho dias pasaron y al noveno el ejército existia aún. Entonces se desengañaron los indios, engañados con la astucia de Guatimocin, y volviendo al lado de los españoles, les prometieron su auxilio hasta destruir el poder de un emperador que se habia burlado de su credulidad.

Renováronse entonces las hostilidades, y el general español estableciendo al rededor de la ciudad

[1] Para inteligencia de este pasaje es preciso advertir que Guatimocin, apurando todos los recursos para sostenerse en su crítica posicion, habia divulgado la noticia de que Vitziliputli, el dios de la guerra, le habia anunciado que los españoles y cuantos habian tomado partido á su favor, habian de perecer antes de ocho dias, lo que fué causa de la desercion de los indios auxiliares, entre quienes todavia no habian acabado de perder el crédito los oráculos de sus idoles.—(Nota del traductor.)

un estrecho bloqueo, cortó enteramente la introducción de víveres á los habitantes, que muy en breve empezaron á sufrir los horrores del hambre. La peste se declaró también en la ciudad donde hizo numerosas víctimas.

Antes de dar la señal de un ataque combinado contra los últimos atrincheramientos de Guatimocin, Cortés le hizo por la última vez proposiciones de paz. Al fin el emperador se presentó como dispuesto á un convenio, y una suspensión de armas durante tres días fué el resultado de estas negociaciones.

Durante esta tregua un simple foso separaba á españoles y mejicanos, que se observaban mutuamente. Algunas veces solía salir fuera de las trincheras un mejicano para desafiar á los españoles, que despreciaban estas fanfarronadas. No obstante, uno de estos provocadores recibió una lección que quitó á sus compatriotas las ganas de repetir estas insolentes provocaciones. Armado con la espada y rodela de un español sacrificado, vino á plantarse entre los dos ejércitos, usando en su desafío palabras afrentosas para los soldados extranjeros. Algunos españoles pidieron á Cortés el permiso de castigar al audaz provocador; pero el general lo negó, anunciando en voz alta al indio por medio del intérprete: "que si traía otros diez soldados mejicanos, permitiría á aquel joven que fuese á cortarles el pescuezo." El intérprete señalaba al decir estas palabras, un pajeillo de Cortés, que podría tener

como unos diez y seis años de edad, y se llamaba Juan Nuñez de Mercado. El mejicano irritado con este desprecio, repitió su desafío con mayor insolencia, y entonces Mercado saltando de las trincheras, atacó al fanfarron con tanto vigor, que muy en breve le tendió muerto á sus piés. Todos los españoles palmorearon cuando el vencedor vino á poner á los piés de su general la espada y el escudo vencido: Cortés le abrazó y en premio de su valor le cedió con sus propias manos la espada que había quitado al mejicano.

Guatimocin, que solo procuraba ganar tiempo, había anunciado que vendría en persona á tratar con Cortés de las condiciones de la paz; pero esta era una astucia para ocultar sus verdaderas intenciones. Quería, aconsejado de sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias mas distantes del imperio para reunir nuevo ejército. Se habían adoptado todas las disposiciones para asegurar la fuga del emperador: los nobles mejicanos, embarcados en las muchísimas canoas que estaban preparadas, atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el emperador escapaba por el lago. Sandoval, que mandaba á la sazón la flotilla española, empezó á dispersar las canoas á cañonazos; pero los que venían en ellas despreciando el fuego de metralla, no trataban mas que de llegar hasta los bergantines.

Advirtió de repente Sandoval que muchas canoas atostadas de gente, cruzaban el lago á fuerza de re-

mo con extraordinaria rapidez. Sospechando que Guatimocin iba en alguna de aquellas canoas, mandó darles caza, y Holguín, cuyo buque era el mas velero, fué el primero que las alcanzó. Disponiase á echarlas á pique; más así que fué conocido su intento, los remeros se pararon, y los soldados rindieron las armas pidiendo á gritos que se perdonase la vida al emperador. Holguín saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocin en las señales de respeto de los que lo rodeaban. El mismo emperador, adelantándose hácia el capitán español con tanta dignidad como presencia de espíritu, le declaró que era su prisionero, que estaba pronto á seguirle, y que únicamente recomendaba su esposa y las que estaban con ella á la cortesía de los españoles.

Cuando los mejicanos supieron que Guatimocin estaba prisionero, rindieron las armas, y los españoles fueron dueños de toda la ciudad. Los primeros días que siguieron á la conquista de Méjico, se pasaron en estrepitosas demostraciones de regocijo y envanecimientos por el triunfo; pero á estos transportes de alegría sucedieron bien pronto las murmuraciones y las quejas, á vista de la escasa parte de botín que cada soldado iba á recibir por premio de tantas fatigas. Los descontentos acusaban ya á Guatimocin, ya á Cortés, atribuyéndoles el que habian ocultado para ellos una gran parte de los tesoros del imperio.

En vano el general trató de apaciguarlos: Alde-

rete, que habia sido nombrado tesorero real, se presentó á Cortés á la cabeza de los descontentos, y pidió en virtud de sus funciones, que se le entregasen Guatimocin y su ministro para obligarlos á declarar el paraje del lago donde se habia arrojado el tesoro imperial. Cortés tuvo la debilidad de ceder, y abandonando su prisionero á los verdugos que le reclamaban, Guatimocin y su ministro fueron puestos á cuestion de tormento.

Admirable fué la firmeza del emperador en medio de los tormentos. Se cuenta que tendieron á las dos víctimas sobre unas parrillas, bajo las cuales habia carbones encendidos. El ministro de Guatimocin sufrió al principio el tormento con valerosa resignacion; pero hubo un momento en que su constancia estuvo á punto de sucumbir, y lanzando un grito de dolor, volvió los ojos hácia su señor como si le pidiese permiso para declarar. El emperador penetró el significado de aquella mirada, y dijo con la mayor sangre fría á su ministro:

—¡Y yo, acaso estoy aquí puesto sobre rosas?

Estas palabras recordaron al ministro su deber, guardó silencio, y sin proferir ni una queja ni un suspiro, murió á vista de su señor. Al fin Cortés acudió para mandar que cesase el suplicio del emperador y arrancarle medio muerto de mano de sus verdugos.

La conquista de la capital produjo la sumision de las provincias del imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos con-

quistadores. Cortés trató de reedificar á Méjico, que no era mas que un monton de ruinas: esta ciudad destinada á ser la primera de las ciudades de América, lo fué efectivamente y ha conservado esta supremacía.

El amor de la libertad, que no podia estar comprimido, hizo que estallasen muchas conspiraciones para sacudir el yugo de los españoles. Todas fueron reprimidas y acarrearón una venganza terrible: la sangre corrió á torrentes, y Cortés se deshonró autorizando crueldades cuyo relato hace estremecer. En la provincia de Pánuco, sesenta caciques y cuatrocientos nobles mejicanos fueron quemados en una misma hoguera, haciendo que los hijos y parientes de las víctimas fuesen testigos de aquella horrible escena (1).

(1) *El suplicio de la hoguera, por horroroso que hoy día nos parezca, es el que estaba mas en uso en la época de la conquista: le usaban los mismos indios, y era el que como mas aterrador se podia emplear en represalias de los bárbaros sacrificios que hacian aquellos naturales con cuantos españoles caian en sus manos, á quienes rompian el pecho para sacar el corazón palpitante, disputándose luego los demás miembros en un odioso festin. Los sentenciados de la provincia del Pánuco, cuyo número hace subir el autor á mas del que citan los historiadores mas enemigos de Cortés, habían asesinado antes á cerca de seiscientos españoles, muchos de ellos de los ya averciñados pacíficamente en las provincias con-*

Guatimocin no sobrevivió mucho tiempo á la destrucción de su imperio; le acusaron de incitar y favorecer la rebelion de sus antiguos vasallos y de que procuraba escaparse de la prision. Se apoderaron de él, lo mismo que de los caciques de Tezcucuo y Tacuba, y todos tres fueron ahorcados en medio del dia en una de las principales calles de Méjico (1).

Cortés preparaba una expedicion desde Méjico á Honduras, para someter al dominio español aquella inmensa comarca y castigar á Olid, uno de sus tenientes que se le habia rebelado; pero un comisario enviado por la corte de España llegó á Méjico. Apenas habia llegado cuando cayó enfermo y murió, por lo que los empleados reales engañados en su esperanza, renovaron sus quejas y sus denuncias á la corte de España, que nombró una nueva comision, provista de mas amplios poderes para juzgar al gobernador de Méjico y usar de rigor con él.

*Tampoco está bien probado que se hiciese asistir al suplicio á los parientes de las víctimas.—(Nota del traductor.)*

(1) *Guatimocin y sus cómplices no fueron ahorcados en Méjico, sino en un pueblecillo indio por donde pasaron los españoles en su expedicion á Honduras. El antiguo emperador de Méjico acompañaba á Cortés con tropas auxiliares en esta expedicion, y su muerte se hizo inevitable desde que se descubrió su designio de aniquilar á todo el ejército español.—(Nota del traductor.)*



Cuando Cortés supo esta providencia del gobierno español, se determinó á presentarse en España para invocar la justicia de Carlos V. No tuvo motivo de arrepentirse de esta resolución, ni de la confianza con que se presentaba á su juez supremo. Estaba él además absuelto de antemano con la misma admiración que escitaba en todas partes la presencia de un hombre que se habia ilustrado con unos hechos tan maravillosos, y cuya gloria igualaba á la de los héroes de la antigüedad y de los tiempos modernos. Carlos V le recibió con mucha distinción, le concedió el collar de una de las órdenes españolas, le creó conde (1) y le concedió una vasta extensión de territorio en Nueva-España.

De vuelta en Méjico, Cortés se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad envidiosa de los miembros de la audiencia. Para distraerse de sus penas y de las contrariedades que experimentaba, para no echar de menos su decaído poder, equipó una escuadra considerable en la costa occidental de Méjico con ánimo de hacer descubrimientos

(1) La recompensa que obtuvo Cortés por sus importantes servicios fué nombramiento de virrey y gobernador de Nueva-España, cargo que en 1529 quedó reducido al de capitán general del mismo territorio. No fué el título de conde el concedido á Hernán Cortés, sino el de marqués del Valle de Guaxaca, aunque él no se firmaba mas que el marqués del Valle.—(Nota del traductor.)

en el gran mar del Sud. El resultado de esta expedición, en la que corrió grandes peligros, fué el descubrimiento de la península de la California, unida á la América setentrional.

Volvió á encontrar en Méjico los enemigos que habia dejado, y desesperado de salir con victoria en lucha tan desigual, creyó que podia contar aun con la justicia del monarca y volvió otra vez á España; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frío recibimiento que le hicieron en la corte y por la desdeñosa indiferencia con que escucharon sus quejas.

Las pesadumbres abreviaron sus días y murió en su patria el 2 de diciembre de 1547 á los setenta y cinco años de edad (1). Su cuerpo fué trasportado, conforme él lo habia pedido al morir, á Nueva-España, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de Méjico; pero sus restos mortales han sido trasladados despues á la Habana, como los de Colón, y casi en la misma época.

(1) Otros autores señalan la muerte de Cortés á la edad de sesenta y dos á sesenta y tres años, y añaden que sus restos mortales fueron depositados en el hospital de Jesus que él habia fundado.—(Nota del traductor.)